

I

## Obertura

Amapola respira agitada y se palpa las mejillas. Aún sobrevive, intacta y consciente. Nerviosa, se queda acostada observando el cielo nocturno, posando su mirada fija en la gran luna roja, sangrienta, que la ilumina indiferente a la masacre que se ha desatado en la península de Challaquil. Los murmullos horriblos que llegan desde la calle le confirman que el marco de realidad racional que hasta entonces creía habitar se ha rasgado para dar lugar a lo indómito y demoníaco; algo irreparable ha sucedido en esta noche dulce y la urgencia por seguir viviendo arde en el pecho.

De pronto, se escuchan golpes bajo la escotilla de la terraza. Amapola se exalta y se pone alerta, pero el pestillo metálico y el gran macetero lleno de tierra encima le garantizan que esas perversas criaturas no lograrán subir. Ha visto la dolorosa transformación que sufren y la fiebre sádica que los invade, ha sido testigo del despellejamiento furioso, y ha sobrevivido a sus ataques.

Amapola se levanta del suelo y, sin llegar a ponerse de pie, se acerca a la orilla de la terraza para observar la calle. Afuera de su casa, una multitud empapada en vómito negro continúa rondando. Por las calles de más arriba, antes de llegar a la cruz de la cima, siguen apareciendo personas con movimientos dislocados, horribles heridas abiertas y lujosos pijamas rotos. Hacia el otro lado, el océano sublime y las cicatrices en el cielo nocturno.

\*\*\*

Yo vivía en la ciudad capital, pero ya no pude seguir llamando vida a eso, así que escapé. Llegué a Challaquil sintiéndome un cadáver que se arrastra.

—Amapola —me dijo mi tía justo antes de ofrecerme su cabaña de veraneo—, sé por lo que has pasado y nada lo justifica. No te enamores de tu

sufrimiento, no creas nunca que lo necesitas para aprender. —Luego me abrazó y me pasó las llaves. Me vine con lo puesto y sin mirar atrás.

La cabaña era bastante humilde y apretada, pero suficiente para vivir dignamente y más que eso, porque de hecho estaba muy bien ubicada para contemplar la potente naturaleza marina. La ventana de mi pieza daba a un paisaje increíble y cuando la abría por la mañana, la brisa me abrazaba serena. Además, subiendo por las pequeñas escaleras y cruzando la escotilla, el techo de la casa era una terraza simple pero precisa para pasar largas tardes contemplativas.

Cuando llegué era pleno invierno, y estar aquí era jugar al cágate de frío con toda la humedad, pero de cierta manera se ajustaba a lo que necesitaba; descansar en silencio con un té al lado de la estufa y salir a caminar bien abrigada por la tarde. Así pasé varios días recomponiéndome y luego salí a buscar trabajo.

Bajaba seguido hacia el centro en busca de algo, pero fuera de la época veraniega, la mayoría de los locales permanecían cerrados o apenas funcionaban con lo básico para la población que se quedaba durante el año cuidando cabañas o atendiendo servicios básicos. Challaquil subsistía discretamente, con sus dinámicas y polémicas de pueblo chico.

Finalmente entré a trabajar en una tienda que vendía puras cosas de plástico “Made in China” que quedaba justo frente al puesto de churros con manjar. No eran muchas las ventas, por lo que tampoco era mucho el sueldo, pero sí lo suficiente como para pagar los gastos de agua y electricidad, comer tranquilamente, comprarme alguna prenda en la feria, algún libro viejo o, de vez en cuando, darme un lujo a lo grande como un buen helado triple de barquillo.

Tras la vitrina, pasé mis tardes escuchando música de los noventa y dibujando paisajes circulares de muchas líneas de colores. En ello me ocupaba semanas enteras esperando clientela. Así pasaron los meses más fríos, tranquila y en soledad.

Un día en que el sol estaba particularmente alegre, y teniendo unos pocos billetes para gastar en algo que no fuese esencial para la supervivencia, bajé por las largas escaleras de la península hasta la calle de los roqueríos. Por allí fui,

abrazando el aire de la costa, su olor, con frescura en la piel y el relajo que generaban las olas.

En la caleta pesquera me encontré al Pilsener, un viejito borracho del pueblo, algo aturdido junto a la entrada del mercado, donde comienzan los puestos llenos de pescados inertes con ojos gelatinosos, acostados en colchones de pequeños cubitos de hielo. Recuerdo que me quedé un buen rato sentada observando a los viejos arrastrando sus redes de pescar. A veces, en mi terraza, también los miraba, a lo lejos, en sus pequeñas embarcaciones sacudidas por el mismo ritmo, flotando tan cerca unas de otras que podían ser alcanzadas de un salto.

Cuando salí de la caleta ese día, me fui caminando por la playa con los pies descalzos, sintiendo el cosquilleo de la arena cálida. Pasé por el último restorán y me compré una empanada de queso que estaba súper rica. Luego continué mi camino por la orilla.

Cuando me alejé lo suficiente como para sentir que estaba en medio de la nada, extendí mi toalla verde y me desvestí hasta quedar en traje de baño. Gustosa me metí al agua que me recibió con su frío eléctrico. De a poco hundí mis pies y fui avanzando en el océano hasta sumergirme. Me puse a nadar, haciendo ondas en el agua, disfrutando la liberación de energía, sintiendo el cansancio pese al que se tiene que seguir a flote, procurando no ser arrastrada a la pérdida de las mareas, topándome con trozos vegetales y un par de medusas debajo, braceando el recorrido por el agua ya sin fondo en los pies, con la indeterminación de estar nadando, sintiendo la incertidumbre ante la profundidad desde la cual de pronto algo podría surgir, agarrarte el talón y hundirte sin que tuvieses posibilidad de resistir.

Cuando salí del agua y me devolvía a casa, con el sol cayendo, me dieron ganas de fumar marihuana. Hacía tiempo que no fumaba y sentí que era un buen momento para retomar la tradición, así que me decidí a encontrar alguien que me vendiese un poco. Fue más fácil de lo que esperaba porque cuando pasé por unas rocas cerca del sector de las poblaciones vi a dos tipos como de mi edad fumando. Me acerqué a ellos, les pregunté si tenían para vender y me convidaron.

Así conocí al Toño y al Cacique; el primero se transformó en mi dealer y el segundo en mi mejor amigo en esta nueva vida.

Ese día fumamos un pito que estaba entero bueno y cuando ya estábamos aturcidos me dieron ganas de tomar un tecito, así que me fui a mi casa. Subí por las calles de la península toda drogada, apreciando el circular amarillo del alumbrado público rodeado de diversas siluetas negras cercanas y lejanas, avanzando sin sentir mi cuerpo, como si fuese una fantasmagórica bola de energía flotando donde por afuera se observa el pecho. Así llegué hasta la cabaña y, antes de entrar, me quedé contemplándola por unos segundos, disfrutando el efecto de las grietas en la pintura descascarada sobre la madera.

Adentro tomé un par de tazas de té, me lavé los dientes y me acosté. Abrazada a la almohada y con las cortinas abiertas hacia el profundo océano nocturno, plácidamente cubierta por las sábanas, volví a querer ser feliz.

\*\*\*

Entonces vino el verano, pero antes de continuar con ello es necesario que centremos nuestra atención en eventos completamente diferentes, de otra naturaleza y ritmo, acaecidos a muchos kilómetros de Challaquil, ya no en Chile sino en Brasil, en la selva amazónica, ese sublime brote de vida, esa tremenda intensidad vegetal húmeda y repleta de criaturas ruidosas.

Bien adentrada la selva pegajosa y sucia, confusa y febril, en medio del barro, de los tallos verdes y de los insectos, se divisa el rastro de una pequeña pero pesada expedición de doce mercenarios bien equipados y preparados para matar. Van sedientos por hacer lo que saben hacer, pero para ello deben llegar a su destino; un rincón olvidado de las salvajes tierras amazónicas donde se encuentra el asentamiento de una tribu aislada de la civilización.

Tal tribu, que apenas tenía respaldo de algunas organizaciones estatales que débilmente se encargaban de velar por su bienestar, se las había arreglado para provocar, por el simple hecho de vivir en su rebuscado territorio, pérdidas de miles de millones de dólares a las grandes empresas transnacionales que, como